

ro la aplicación que hacían aquellos jurisperitos de la dignidad imperial á las cuestiones políticas; sin embargo, aconsejó á su soberano que tomara parte en la elección de Fernando y no apoyara el humor belicoso del landgrave, si bien añadiendo con un suspiro: «¡Dios mío, en estas cosas mundanas soy todavía un niño!» En el escrito de Lutero titulado «Advertencias á mis queridos alemanes tocantes al acta de clausura del parlamento de Augsburgo,» se conoce claramente la impresión que debió de hacerle una carta en la cual el landgrave acababa de exponer al reformador la legalidad de una lucha contra el emperador. Para Lutero continuó siendo Carlos un hombre noble, una oveja entre lobos; pero estaba convencido de que la defensa contra los sanguinarios papistas era necesaria y permitida; recuerda, como el landgrave en su carta, el ejemplo de los héroes del Antiguo Testamento, como Judas Macabeo, y de los husitas, como Ziska, y exclama al final: «Animo, pues, y que venga lo peor, sea guerra ó revolución, lo que la ira de Dios determine;» y se titula «el profeta alemán á despecho de los papistas y de los asnos.»

Antes de verificarse la elección del rey Fernando se firmó en una asamblea de soberanos protestantes y de representantes de ciudades que se reunió en Smalcalda y duró desde el 22 hasta el 31 de diciembre de 1530, la liga evangélica, tomando por base el proyecto de unión entre el Hesse y los suizos del año anterior. En esta liga, cuya duración se fijó en seis años, no se hizo ya excepción del emperador al tratarse de sus enemigos, y si bien en el acta se decía que no iba dirigida contra el emperador ni contra nadie, no dejó de indicarse como verdadero objeto de la liga la obligación de defenderse contra todo ataque sin excepción que se hiciera á cualquiera de sus miembros, ya por la palabra de Dios, por la doctrina evangélica ó por la fe. Los primeros que firmaron fueron el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el duque de Luneburgo, Wolfgang de Anhalt, dos condes de Mansfeld y las ciudades de Magdeburgo y Bremen. Mucho ensalzaron las ciudades del Sur el valor del elector de Sajonia y criticaron la actitud meticulosa del margrave Jorge y de los nurembergueses, que volvieron á consultar á sus teólogos. No obstante, las ciudades del Sur no ingresaron inmediatamente en la liga porque los miembros luteranos habían exigido, como condición previa de su ingreso, la abolición de todo lo que diferenciaba su culto exterior del de los luteranos. Por tanto, la liga dependía para ser completa de la lucha que había de efectuarse en las ciudades del Sur entre los luteranos y zwinglianos. El elector deseaba el ingreso de los suizos en la liga con tal que aceptasen la tetrapolitana, pero Zwinglio permaneció fiel á su opinión ya manifestada de que no había otra manera de hacer causa común con los luteranos mas que la de unirse todos, incluso los papistas, contra los turcos, y declaró que la Eucaristía luterana venía á ser una misa papista y aun algo mas. Enteramente en sentido de Zwinglio las ciudades unidas de la Suiza, en una reunión que se celebró en febrero de 1531 en Basilea, se decidieron contra la aceptación de la liga alemana, y casi simultáneamente los representantes y eclesiásticos de varias ciudades de Suabia, en otra reunión que tuvieron en Meiningen, protestaron contra la uniformidad del culto pedida por los luteranos, alegando que tal uniformidad era desconocida en la Iglesia antigua y que había sido introducida solo por Carlomagno para complacer al Papa. No obstante, Butzer y sus partidarios consiguieron que se aceptara la unión con los príncipes de la Alemania del Norte, ocultando ante el mundo las divergencias y aun aparentando ante los varones de Wittenberg una aproximación *pro forma* á su doctrina de la Eucaristía. Hasta Melancton venció su repugnancia y escribió una carta amistosa á Butzer.

El primer documento oficial y en cierta manera de fundación de la liga de Smalcalda fué redactado en 27 de febrero de 1531 por el gobierno del elector de Sajonia y cita como miembros, además de los ya mencionados, al príncipe heredero de Sajonia Juan Federico, á los duques Felipe, Oton y Francisco de Brunswick, á las ciudades de la Alemania del Sur, Estrasburgo, Ulma, Constanza, Reutlingen, Meiningen, Lindau, Biberach, Isny y á la ciudad anseática Lubeck. Sin embargo, estas últimas firmaron el documento posteriormente y antes de hacerlo celebraron una segunda reunión en Smalcalda, á fines de marzo y principios de abril, en la cual se consignó documentalmente la inteligencia establecida entre los príncipes y las ciudades del Sur. En esta reunión el embajador sajón Minckwitz manifestó á las ciudades el deseo de que la inteligencia de Lutero y de Butzer respecto de la Eucaristía fuese anunciada por todos los predicadores á los pueblos y publicada por todo el mundo. En junio entraron en la liga, en otra reunión tenida en Francfort, las ciudades de Brunswick y Gotinga y en el invierno inmediato Goslar y Eimbeck. El sistema de formar uniones y ligas estaba ya empleado en el imperio, como sabemos, pero esta liga fué la primera que se hizo exclusivamente entre miembros de una misma profesión de fe. No faltaron, sin embargo, desde un principio combinaciones que tenían por objeto atraer á esta liga el auxilio de potencias católicas de dentro y fuera del imperio con motivo de ciertos intereses comunes. Así fué que, protestando del acta de clausura del parlamento de Augsburgo y pidiendo un concilio libre, se dirigieron los de la liga á los reyes de Francia é Inglaterra, de los cuales el primero se declaró con gran satisfacción pronto á proteger como siempre «la libertad alemana.» En agosto de 1531 tuvo Leonardo de Eck una entrevista en Giessen con el landgrave; tal era la política, sin escrúpulos patrióticos, usada en aquella época, como la hemos visto en los proyectos de alianza entre Hesse y los cantones suizos de 1529.

También se observa desde luego en el seno de la liga de Smalcalda un antagonismo entre los miembros que pretendían seguir adelante con vigor y los que, prudentemente, querían detener los bríos de sus colegas, de donde surgieron las diferencias entre el elector de Sajonia y el landgrave. Este último apenas se hubo realizado la liga quiso inmediatamente llevar á cabo su idea favorita de restaurar en sus Estados al expulsado duque de Wurtemberg, cuando en la primavera de 1531 llegó la noticia de un nuevo ataque de los turcos; y nada menos que el poderoso renegado Gritti, del cual ya hemos hablado, se presentó al landgrave con la proposición de una alianza con el sultán y con Zapolya contra Fernando. El landgrave creyó poder contar seguramente con los duques de Baviera y escribió á Eck, el diplomático de los duques, que sus señores no podían menos de entrar en la combinación si querían ser reyes de Romanos. Mas en la corte de Sajonia se rechazó con toda indignación la idea nada cristiana de aprovechar el peligro turco, y esto con tanta mas razón cuanto que había desaparecido ó disminuido poco á poco el temor de medidas brutales del emperador. En efecto, Carlos V se esforzaba desde la primavera de 1531 por llegar á un arreglo provisional con los protestantes, á cuyo fin permitió á los príncipes electores de Maguncia y del Palatinado que emplearan su mediación; convocó con el mismo objeto un parlamento para el inmediato otoño, y después de mucho vacilar hizo hasta una concesión á los protestantes muy solicitada por éstos y apoyada por el mismo rey Fernando, á saber: el sobreseimiento hasta la reunión del parlamento de las causas incoadas por el tribunal supremo del imperio tocante á la restitución de los bienes de la Iglesia secularizados y al restablecimiento de la jurisdicción ecle-

siástica, que en virtud del acta de clausura del parlamento de Augsburgo el tribunal reclamaba. Las comunicaciones que dirigió al emperador su consejero Cornelio Schepper, á quien había enviado á Alemania, le confirmaron en sus intenciones pacíficas, probablemente porque á ello se agregaron las noticias cada vez mas amenazadoras sobre la actitud de la Francia. Además, varios príncipes eclesiásticos, como Felipe de Spira y Cristóbal Stadion de Augsburgo, le recomendaron calurosamente la tolerancia, por lo menos, del matrimonio de los clérigos y del uso de la comunión en ambas especies. Stadion dijo que teniendo sumisos á los luteranos se dominaría fácilmente á los zwinglianos, y Schepper expresó la esperanza de que llegaría á conquistar á Melancton y Jonás. Lo cierto es que en la corte de Sajonia se había enfriado completamente el deseo de una liga con los suizos, y contra esta aversión nada pudieron los esfuerzos del landgrave de Hesse. Este continuó siendo firme partidario y amigo de Zwinglio, y aunque fuese excluyendo la Sajonia de la liga quiso hacer ingresar en ella á los suizos, y atribuyó en una carta fechada en 30 de julio el enfriamiento del elector de Sajonia á un escrito amable del emperador.

Lo que en cambio pareció inevitable fué que las ciudades de la Alemania del Sur, á pesar de la liga de Smalcalda, se negaran á someterse á la supremacía luterana; pues bajo la protección de Estrasburgo conquistó el zwinglianismo una ciudad tras otra de Suabia, y ya antes del mencionado sínodo de Meiningen, que se empeñó en introducir una disciplina eclesiástica, los habitantes de Reutlingen habían sacado los altares é imágenes de sus iglesias. En el verano inmediato siguió este movimiento la poderosa ciudad de Ulma, donde bajo la dirección personal de Butzer, Blarer y Ecolampadio se suprimió con igual vandalismo que en Zurich todo lo que segun ellos era culto del Anticristo, y hasta fueron hechos pedazos los dos órganos de la catedral y las célebres esculturas de Syrlins. Desde Ulma los tres reformadores citados se dirigieron á Biberach y hasta donde llegaba el obispado de Constanza, acabando en todas partes con la misa y con «toda idolatría» hasta en Esslingen. También en Augsburgo triunfó el *butzerismo* sobre el luteranismo, reemplazando los predicadores de Estrasburgo á los luteranos. La misma Sajonia electoral contribuyó con su brusca inflexibilidad á echar á las ciudades de la Alemania del Sur en brazos del zwinglianismo; y Escher tiene razón cuando dice que aquel fué un momento tan favorable para Zwinglio y para sus propósitos religiosos y políticos como difícilmente podía encontrar otro, cuando su terquedad del mes de febrero anterior había al parecer alejado mas que nunca las probabilidades favorables.

El poder de Zwinglio había decaído ya mucho y en lugar de verse en camino de ser administrador supremo de toda la Suiza, como dicen sus partidarios, vió amenazada seriamente su autoridad, durante algun tiempo sin límites, en Zurich, por una oposición cada día mas empeñada. Sin contar con la oposición de los elementos aristocráticos, se manifestó también entre los reformados republicanos el descontento por la posición excepcional de Zwinglio, bajo cuyo gobierno las votaciones populares fueron desapareciendo. El mal éxito de su gran política evangélica militante aumentó el disgusto, y por otra parte la ciudad de Berna no se mostraba dispuesta á contentarse con el papel secundario que Zwinglio quiso encargarle, dirigiendo con Zurich al pueblo suizo «como dos bueyes que tiran de un carro.» En un programa suyo de reorganización de la Suiza trató de quitar á los cantones rurales y católicos su legítima influencia para dársela á un poder federal proporcionado al número de habitantes, calculando que la relación de Zurich y Berna á aquellos cantones primitivos y rurales era como seis á uno, y así dice claramente

te que correspondiendo el poder á aquellas dos ciudades, los demás cantones debían limitarse á obedecer. Mas la grave crisis del año 1531 produjo entre los dos grandes cantones en lugar de la concordia un antagonismo, porque cada uno temía que el otro se hiciera demasiado poderoso. Además la política de Zurich contribuyó á una catástrofe que amenazó con destruir toda la reforma suiza. Un aventurero milanés, dueño del castillo de Musso, desde el cual dominaba el lago de Como, se había hecho tirano de la comarca, y siendo partidario del emperador hostilizó á los suizos, asesinando á uno de sus embajadores é invadió la comarca del Veltino, cuyos habitantes, como aliados de los suizos, solicitaron el auxilio de éstos. Los cantones católicos no quisieron tomar parte en la guerra contra el aventurero, y al mismo tiempo llegaron avisos tocante á intenciones belicosas del emperador. En esta situación se decidió Zurich á bloquear á los cinco cantones, cortándoles los viveres que recibían de fuera. Zwinglio había desaconsejado con grandes instancias esta medida bárbara y odiosa, pero viendo que su autoridad ya no era la de antes, pidió en julio su destitución, y si bien cedió á las súplicas de sus compatriotas no tomó ya parte en los trabajos políticos con el calor que anteriormente. Claro es que en esta situación las ciudades de Suabia, que pidieron una unión mas íntima con las ciudades aliadas suizas, no encontraron la solitud que habían esperado, y lo mismo sucedió al landgrave cuando propuso entenderse con Zurich respecto del restablecimiento del duque de Wurtemberg. Los cinco cantones bloqueados, mas indignados que nunca, no se humillaron, y viendo que sus súplicas de auxilio cerca del Papa y de los dos Habsburgos, de los duques de Milan y de Saboya, no daban el resultado deseado, echaron mano á las armas y declararon la guerra al cantón de Zurich en 9 de octubre, poniéndose su vanguardia el mismo día en camino.

Los de Zurich, sorprendidos, solo tenían 1,200 hombres cerca de Kappel cuando se acercó la fuerza enemiga desde Zug en 11 de octubre, compuesta de 8,000 hombres. Estos, ignorando el insignificante número de sus enemigos, se limitaron al principio á un fuego de artillería; pero cuando supieron por sus exploradores el verdadero estado de las cosas se arrojaron sobre los de Zurich, abrumándoles con la superioridad del número á pesar de su valor heroico. Entre las tropas de Zurich se encontraba también Zwinglio, que había acompañado el pequeño ejército como capellan y que en medio de la pelea fué otro de los héroes. Tres veces cayó y otras tantas se levantó, hasta que herido mortalmente cayó para no levantarse mas. Los vencedores le encontraron todavía vivo en el campo de batalla y le intimaron que se confesara, á lo cual se negó, y entonces le remató un jefe de mercenarios de Unterwalden, y el consejo de guerra de los enemigos condenó al cadáver á ser descuartizado y quemado.

Así murió Zwinglio como tantos otros héroes del Antiguo Testamento y del mundo antiguo; murió como ellos por su Dios y su ciudad y le tocó la suerte que él antes había calificado de la mas hermosa.

Se ha hablado mucho de graves contradicciones en las ideas y la conducta de Zwinglio, que por una parte deseaba una libertad de pensamiento como la de los tiempos modernos, y por otra muchas veces mostró en la práctica una dureza repugnante. Era que en Zwinglio se daban la mano el Renacimiento y la Reforma, la humanidad y la teocracia, el cariño á su patria suiza y el amor á la palabra de Dios. Quiso admitir en el cielo, no al Papa de Roma, pero sí á Sócrates, á Aristides, Catón, Escipión, Hércules y Tesco, y vivió en la convicción firmísima de que ningun perjuicio había de causar á la Suiza el estar sometida á «la palabra de Dios.» Su tentativa para realizar su ideal teocrático produjo complicaciones

gravísimas y desengaños. La muerte de Zwinglio imprimió al encuentro de Kappel un carácter decisivo y mucho más importante que su significación militar. La ciudad de Zurich tuvo reunidos pocos días después 12,000 hombres armados, pero la impresión moral de la citada acción fué dentro y fuera de Zurich muy grande. La campaña de los reformistas no ganó fuerza interior a pesar de la agregación de las fuerzas de Berna; y después de haber experimentado una segunda derrota cerca de Zug, aceptaron la paz, firmada por Zurich el 16 de noviembre y por Berna ocho días después. Con arreglo a este convenio quedaron anulados el derecho de jurisdicción reformista y el de protección a los católicos en los señoríos suizos que no formaban cantones, y se restableció la igualdad de derechos de ambas religiones. En muchos de estos territorios se restauró a la fuerza el culto católico con el nombre de «el verdadero culto cristiano», y en otros fueron expulsados los reformistas y muertos algunos. Esta reacción se extendió también a Saint-Gall, donde solo conservaron la religión protestante la ciudad y comarca de Toggenburg, y a los cantones de Soleura y de Glaris, donde ambos partidos se mantuvieron en paz. La «evangelización» de toda la Suiza que Zwinglio había esperado, había fracasado completamente y el cisma religioso fué en adelante un hecho en la Suiza. Los prudentes entre los vencedores comprendieron que no había ya que pensar en una completa restauración del catolicismo, y así como Zwinglio había contado en vano con el auxilio francés, del mismo modo los cinco cantones católicos se vieron reducidos a sus propias fuerzas. Tampoco tuvieron éxito los decididos esfuerzos del rey Fernando para inducir a su hermano Carlos a aprovechar la victoria de los católicos suizos, a pesar de observarle repetidas veces que no solamente los intereses de la religión sino también los particulares de la casa de Austria-Borgoña exigían de él, como cabeza y brazo de la religión cristiana, que no dejara pasar tan propicia ocasión para acabar con la contienda religiosa y hacerse dueño de Alemania. Todo fué inútil y Carlos V se limitó a socorrer a los cinco cantones con subsidios como lo hizo también el Papa, espantado ante la idea de que los reformistas pudiesen triunfar y dirigirse contra Roma. En la corte del emperador nadie participó de la opinión de Fernando, que creía que los reformistas alemanes sin el auxilio de la Suiza quedarían reducidos a la impotencia; muy al contrario, la corte imperial procuró que los protestantes alemanes no tomaran parte en la guerra religiosa suiza, ocasión que habría aprovechado indudablemente la Francia y también el sultán. Se puede decir que la política de Carlos V fué en aquel tiempo más cautelosa que nunca, dejando que la suerte hiciese desaparecer de una manera u otra los extravíos religiosos. Los condes de Nassau y de Nuenar continuaron las negociaciones con los jefes de la liga de Smalcalda, sin que por esto adelantaran un paso. El elector Juan no quiso comprometerse a prestar su auxilio contra los turcos si antes no se efectuaba la paz religiosa y se negó a asistir al próximo parlamento si no se permitía a Lutero predicar y se le daba un salvo-conducto, porque decía que no podía prescindir de sus consejos. Los protestantes querían, en fin, que hasta el concilio hubiese paz entre los dos partidos religiosos, y de esta pretensión ya no fué posible apartarles.

Mientras el emperador se ocupaba en los preparativos de una unión, bastante lejana todavía, de los miembros católicos, se completó la liga protestante bajo la impresión de la catástrofe suiza. Lutero expresó francamente su satisfacción por la muerte de Zwinglio, que según él había perecido como un asesino y había sido otro Karlstadt y otro Munzer. La batalla de Kappel, según Lutero, era el juicio de Dios, y Zwinglio un condenado si Dios no le concedía, contra toda

regla, la bienaventuranza; en cuanto a la victoria de los suizos católicos sería digna de ser glorificada, sobre todo si los suizos hubiesen extirpado completamente la doctrina errónea de Zwinglio. Celebró Lutero también como una gran ventaja que a consecuencia de los sucesos mencionados se hubiesen separado de los suizos el landgrave de Hesse, la ciudad de Estrasburgo y otros reformistas alemanes. El landgrave Felipe había instado al consejo de Estrasburgo a unirse a él para socorrer inmediatamente a los de Zurich si los necesitasen, y aun después de haberse firmado la paz en Zurich había ofrecido al consejo de esta ciudad 4,000 hombres para el caso de que intentara vengarse e indemnizarse del perjuicio recibido; pero la contestación de los de Zurich convenció al landgrave de que en adelante no querían tratos con él. Por lo demás, temió entonces seriamente la venganza de los Habsburgos, y además los celos entre el elector de Sajonia y el landgrave perjudicaron permanentemente los intereses comunes. Al organizarse definitivamente la liga de Smalcalda, en una reunión que los miembros de la liga tuvieron en Nordhausen se decidió que la jefatura militar se dividiría entre el príncipe heredero de la Sajonia electoral y el landgrave si el caso de guerra era urgente; y si la guerra se prolongaba debía elegirse jefe supremo de la fuerza armada a uno de los tres soberanos de Sajonia, Hesse o Luneburgo. Por lo regular, hacían las veces de jefes un príncipe de Sajonia y uno de Hesse, alternando cada seis meses. El jefe debía convocar en caso necesario un consejo de guerra, en el cual había nueve votos, correspondiendo dos a la Sajonia, dos al soberano de Hesse, dos a las ciudades del Sur de Alemania, dos a las ciudades libres del Norte, y un voto a los demás príncipes y condes juntos. En caso de empate debía decidir el voto del jefe. En la guerra correspondía la jefatura a la Sajonia si el teatro de la lucha era la Alemania del Norte, y al landgrave de Hesse si ocurría en la Alemania del Sur. El efectivo de la fuerza armada quedó fijado en caso urgente en 2,000 hombres a caballo y 10,000 a pie, y el sueldo por dos meses en 140,000 florines que debían aprontar por mitad los príncipes y las ciudades; mas para arreglar estos puntos y fijar la cuota de cada príncipe y de cada ciudad, fueron menester muchas reuniones. Las ciudades del Sur continuaban con sus escrúpulos religiosos; pero al fin se acallaron con la declaración de Estrasburgo y otras ciudades del Sur que admitirían la confesión de fe luterana como equivalente a la tetrapolitana, y aceptaron también la doctrina luterana de la Eucaristía. Desde la batalla de Kappel quedó decidida para siempre la preponderancia del carácter luterano en la liga de Smalcalda y la del elemento de los príncipes soberanos sobre el de las ciudades. Para ser justos no debemos culpar únicamente a los luteranos de la separación entre los reformistas alemanes y los suizos; pero lo cierto es que la indecisión y la falta de energía de los príncipes alemanes luteranos, que querían unir la protección que prestaban a la Reforma con una actitud leal frente del emperador, imprimieron un sello indeleble de pobreza e indiferencia a la marcha de la Reforma fuera de la Alemania. Esto no puede atribuirse a un sentimiento nacional exagerado, sino únicamente al temor que les inspiraba aceptar la responsabilidad de mantener una doctrina que les parecía políticamente peligrosa. Algo contribuyó también a este resultado la estrechez moral, que no permitía a aquella gente dar un paso más allá de su confesión de fe. Lutero declaró la guerra a todos los arreglos religiosos cuando dijo: «Maldito sea el amor hasta en el fondo del infierno, si este amor se consigue con perjuicio de la doctrina a la cual todo ha de ceder, amor, apóstoles, ángeles del cielo, en fin, todo.» Explica esta maldición la mala suerte que tuvo después la reforma religiosa

alemana. Por lo demás, al paso que los príncipes alemanes no querían reconocer como hermanos a los zwinglianos, no tuvieron escrúpulo ninguno en ir cultivando las relaciones con el extranjero, a lo cual impulsaba la misma liga de Smalcalda por su carácter anti-imperial, que la convirtió bajo cierto aspecto en una nueva potencia que debía desempeñar un papel en la gran política europea. Así Enrique VIII se lisonjeó de ver seriamente amenazado al emperador por la rivalidad de un elector de Sajonia.

Carlos había dejado pasar sin aprovecharlos los años de tranquilidad; el protestantismo alemán, en lugar de someterse, había comprendido al fin su derecho político, y entre tanto los antiguos adversarios de la casa de Habsburgo se estaban preparando por todos lados a una nueva embestida.

CAPITULO V

EL PERIODO BRILLANTE DEL PROTESTANTISMO ALEMÁN

En el tiempo que medió entre la fundación y la decadencia de la liga de Smalcalda fué continuo el avance de la reforma alemana; porque por una parte arrancó al emperador y a los católicos ciertas concesiones importantes, y por otra ensanchó su dominio, ya pacíficamente, ya por la fuerza de las armas, y hasta triunfó una vez de la revolución suscitada por el radicalismo reformista cuando concibió grandes esperanzas en el porvenir por la caída del papado en Escandinavia e Inglaterra. Debió todo esto el protestantismo alemán a su organización en forma de liga, porque sin ésta no habría podido mantenerse contra los peligros que le amenazaban ni mucho menos haber aprovechado la situación política general para hacer nuevas conquistas. Nada prueba mejor la intervención de causas y consideraciones políticas en las ideas de los reformistas alemanes, que la influencia que los sucesos ejercieron hasta sobre Lutero. Verdad es que al penetrar más la política en el campo religioso en Alemania se pusieron también de manifiesto la ignorancia y torpeza de los alemanes en el terreno político y la presión de las tiranías de tantas autoridades territoriales. Comparados con los más pequeños soberanos italianos y con los consejos municipales de Italia, los príncipes y las ciudades libres de Alemania se mostraron torpes y groseros enfrente de la política imperial tan vasta como experimentada. Se salvó la liga porque nunca perdió la fe religiosa y principalmente porque el gran número de los enemigos de la casa de Habsburgo impidieron a Carlos V durante unos quince años emprender la lucha formal con la herejía alemana. Ya conocemos la oposición europea contra la casa de Habsburgo, oposición en la cual habían entrado los elementos más diversos y hasta enteramente contrarios. Ya hemos mencionado los servicios que, sin quererlo, prestaron el mismo papado y el gobierno turco a la reforma religiosa alemana. En una carta escrita en el parlamento de Augsburgo por un protestante se dice, hablando de los temores de un nuevo ataque de los turcos: «El turco nos dará a los evangélicos la paz, porque nuestros adversarios están tan empeñados contra nosotros que Dios mismo apenas nos puede auxiliar.»

Podía contarse con toda seguridad que Soliman trataría de desquitarse del mal éxito de su última campaña contra Fernando y de someter por lo menos toda la Hungría al imperio turco con carácter de Estado vasallo. «Zapolya, escribió el gran visir al rey Fernando, se ha prosternado ante el sultán y por lo mismo se considera siervo suyo.» Todos los esfuerzos de Fernando para llegar con la Sublime Puerta a un arreglo de paz y hasta su ofrecimiento de un tributo anual fueron inútiles; el gran visir rechazó con desprecio una pen-

sión que se le ofreció, y los embajadores, cuyas instrucciones no les permitían acceder a la evacuación completa de Hungría, se despidieron con la impresión de que Dios todopoderoso había abandonado la Hungría a su suerte. Carlos V tenía a la verdad motivo para instar a su hermano a renovar sus tentativas de paz cerca del sultán, pues «de los príncipes cristianos más debía esperarse enemistad que auxilio.» Además de Hungría y Alemania estaba amenazada al parecer la Italia meridional, porque los venecianos, a pesar de las seguridades que daban a veces de que en caso necesario procederían como cristianos, no estaban dispuestos a poner en peligro su comercio con la Siria y el Egipto, rompiendo con la Turquía; y Loaysa escribió a un confidente del emperador: «Por malvado que sea el rey de Francia, preferiría tenerle a él por aliado antes que a estos mercachifles, que dan más importancia a cuatro pulgadas de terreno que a Dios.» Sin embargo, bien puede decirse que la política francesa, que más que nada había inducido al emperador a huir de toda empresa larga y sujeta a eventualidades, fué la que le indujo a desear la paz con la Turquía y finalmente a hacer un arreglo con los herejes alemanes. Francisco I supo paralizar la energía de su adversario muy hábilmente por medio del temor continuo de un golpe que en realidad no se dió. Algunas noticias relativas a la política francesa, que todavía no se han puesto en claro, indican que el rey de Francia hubiera apartado en el año 1532 al mismo sultán de una campaña contra Fernando; y que de buena gana habría combinado su propio ataque contra el emperador con un avance de Zapolya en Hungría y de los adversarios de la casa de Habsburgo en el imperio. La cuestión del concilio, según se jactaba el rey de Francia, estaba enteramente en su mano, y también se había entendido con Clemente VII sobre el casamiento de su hijo segundo, Enrique, con Catalina de Médicis, sobrina del Papa, cuya simpatía se había enajenado el emperador quizás tanto por su confirmación del duque de Ferrara en la posesión de Módena y Reggio (21 de abril de 1531) como por su obstinada exigencia del concilio.

Entretanto en Alemania, de aquella aproximación entre la Baviera y el Hesse había resultado una verdadera alianza entre los duques de Baviera y los príncipes de la liga de Smalcalda contra el rey Fernando (Saalfeld, 24 de octubre de 1531), en cuya alianza se había previsto hasta la decisión eventual de las divergencias religiosas alemanas en una asamblea de los miembros del imperio.

El gran plan de 1529 pareció tomar forma y vida en el momento de la muerte de Zwinglio; agentes bávaros y de Hesse pasaron a Francia e Inglaterra; Felipe se dirigió al rey Federico de Dinamarca, que tenía prisionero a Cristian II, cuñado del emperador, e hizo también proposiciones al duque Carlos de Gueldres, enemigo irreconciliable de los Habsburgos, y además se proyectaba interesar a los suizos, al duque de Lorena y a los venecianos. En todas estas negociaciones encontró también Zapolya su correspondiente hueco y ofreció a los duques de Baviera, «sus queridos hermanos y amigos,» una alianza en virtud de la cual debía inducirse al sultán, en caso de un ataque del Austria contra la Baviera, a una invasión en la Carintia y Croacia; debían dividirse por mitad sus conquistas entre Zapolya y los duques y quedar resguardada la Baviera de toda devastación en caso de una campaña de las huestes turcas contra el imperio. Según este proyecto, sin el consentimiento de Baviera no deberían pactar ni tregua ni paz definitiva Zapolya, ni el sultán, ni los demás aliados. Aprovecharon esta buena ocasión ciertos sospechosos, como el bandido Nickel de Minckwitz, que con credencial turca se dirigió a Baviera; el intrigante Laski, agente al mismo tiempo que de Zapolya, del rey de